

nos en calmar el viento, que fué la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos. Hicieronlo así, y el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entónces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdersnos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harían, los cuales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitán, que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y mas que eran todos los mejores de Argel; amenazándole de parte de Arnaut Mami, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le habia de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo á estas otras amenazas, el renegado le persuadía que se rindiese: mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaría á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mismo tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatían echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de habernos combatido diez y seis horas, y despues de haber muerto nuestro capitán y toda la mas gente del navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, cuando vi que las amadas prendas mías, que agora tengo delante, habían de ser entónces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y así llevado de la ira que este temor y consideración me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, ántes que ver á mis ojos lo que esperaba; pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo, forcejando con ellos, de tropel venimos á dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asíó á Nísida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me vi libre, al otro que me tenia, hice dejar la vida á mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo. Lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedía á los dos turcos la acabasen. En este instante, atraído de las voces y lamentos de Blanca y Nísida, acudió á aquella estancia Arnaut, el general de los bajeles, é informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nísida y á Blanca á su galera, y á

ruego de Nísida mandó también que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nísida habia dicho al capitán, que yo era hombre principal y de gran rescate, con intención que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrian haber, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió pues que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fué ver en la popa de la galera á Nísida y á Blanca sentadas á los pies del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecian. No el temor de la afrentosa muerte que esperaba, cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verdadera creída: no el dolor de mis mortales heridas; ni otra cualquiera aflicción que imaginar pudiera, me causó, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nísida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreído, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operación en mi alma, que torné de nuevo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando á todos que ya yo desta vida habia pasado. Oídas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe que levantándose las dos de do estaban, tirándose de sus rubios cabellos, y arañándose sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que los mismos pechos de los crueles bárbaros enternecieron. Con las lágrimas de Nísida, que en el rostro me caían, ó por las ya frias y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos; ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitán habia pasado: el cual, venido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniese á condescender con la desordenada voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquivada como honrada, y tan honrada como esquivada, pudo todo aquel día y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario. Mas como la continua presencia de Nísida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temía, que dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar; pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la inestabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas

del mar airado: el cual (á cabo de dos días que cautivos fuimos, y á la sazón que llevábamos el derecho viaje de Berbería), movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrellaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol, y á dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció y apartó á diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitán; ántes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa y mesana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos mas que en otros algunos el medroso temor acrecienta: y vino con tanta escuridad y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No querais mas saber, señores, sino que los mismos turcos rogaban á los cristianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus santos y á su Cristo, para que de tal desventura los librase; y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que movido el alto cielo dellas dejóse sosegar el viento, ántes le creció con tanto ímpetu y furia, que al amanecer del día, que solo pudo conocerse por las horas del reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poder apartarse della, que fué forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecía; que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los turcos la esclavitud que esperaban. Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió á entender ser catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. ¿Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio veían libres y desembarazos sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco ántes libres, hacían á sus mismos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen; los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mismos turcos les habian hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenían, porque en entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos. Finalmente, los turcos que quedaron, y cristianos cautivos que allí veníamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traía no estuvieran sangrientados, creo que aun no me los dejaran. Darinto, que también allí venía, acudió luego á mirar por Nísida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra, donde fuese curado. Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba, y consideré el peligro en que en él me habia visto, no dejó de

darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debia; y así rogué á Darinto que sin poner dilación alguna procurase que á Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movía á ello; pero no fué posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos días estuviese, como estuve, sin ser de mas de un cirujano visitado. En este entre tanto fué Darinto á Barcelona, donde proveyéndose de lo que menester habíamos dió la vuelta, y hallándose mejor y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida, que si sabían de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdón de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos sucesos, lo ha acrecentado ó diminuido la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasión de la alegría presente, y procures darla á quien ha muchos días que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando mas á solas y contigo las comunique. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinación; pero dejarlas he por agora, por no dar con la prolijidad dellas disgusto á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el mas lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven. Con estas últimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos habian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede, el cual, tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivía, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo dél que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que mas que á sí le amaba, desde el mismo día y punto que ella supo quién él era, y el valor de su persona; y que jamas, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, habia querido descubrir este pensamiento sino á su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Dijole asimismo Timbrio, cómo aquel caballero Darinto, que con él venía, y de quien él habia hecho mención en la plática pasada, conociendo quién era Blanca, y llevado de su hermosura, se habia enamorado della con tantas véras, que la pidió por su esposa á su hermana Nísida; la cual le desengañó que Blanca no lo haría en manera alguna; y que agraviado desto Darinto, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nísida cómo Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio: mas que no por esto Darinto habia desmayado, ni dejado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no se sabía nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarian de su intención primera; y con este presupuesto jamas nos quiso dejar, hasta que ayer, oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conociendo el contento que con ellas Blanca habia reci-

bido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio pudiese darinto alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se habia con muestras de grandísimo dolor apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio á su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y acetándola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor y honestidad, encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrían viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabia que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase. A esta sazón comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oídos de todos la voz del enamorado Lauso, el cual como su amigo Damon habia sabido que aquella noche la habian de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él y con los demas pastores: y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero día, con baja voz semejantes versos venía cantando.

LAUSO.

Alzo la vista á la mas noble parte
Que puede imaginar el pensamiento,
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento:
Mas si quereis saber quién fué la parte
Que puso fiero yugo al cuello exento,
Quién me entrego, quién lleva mis despojos,
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de cualquiera escuridad ajena,
Segura muestra de la luz divina:
Por ella el fuego, el yugo y la cadena,
Que me consume, carga y desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
Término y fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio día,
Ojos por quien yo veo, si algo veo:
En vuestra luz mi pena y mi alegría
Ha puesto amor; en vos contemplo y leo
La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega escuridad andaba, cuando
Vuestra luz me faltaba, ó bellos ojos,
Acá y allá, sin ver el cielo, errando
Entre agudas espinas y entre abrojos;
Mas luego en el momento que tocando
Fuéron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, vi á la clara
La senda de mi bien abierta y clara.

Vi que sois y seréis, ojos serenos,
Quien me levanta y puede levantarme
A que entre corto numero de buenos
Venga como mejor á señalarme:
Esto podréis hacer no siendo ajenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme;
Que el gusto dei mas bien enamorado
Consiste en el mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido
Es, ni será, que con firmeza pura,
Cual yo, te quiera, ni te habrá querido,
Por mas que amor le ayude y la ventura?
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fe; mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello,
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fué amorosamente recibido, acrecentando con su

presencia el alegría que todos tenían, por el buen suceso que los trabajos de Silerio habian tenido: y estándoselos Damon contando, asomó por junto á la ermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores traía algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que allí estaban, como lo habia prometido el día ántes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damon de verle venir sin Elicio y Erastro, y mas lo fuéron cuando vinieron á entender la causa del haberse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de todos, si no dijera, encaminando su razon á Timbrio: Si te precias, como es razon que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darinto, que no léjos de aquí queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le di, no fuéron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Erastro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que á esta mano derecha descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tierros y dolorosos suspiros, y de cuando en cuando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban. Al son lastimero de las cuales llegamos á él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fué de nosotros conocido, é importunado que la causa de su mal nos dijese: díjonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y pues á tí te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos; mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enséñame, Aurelio, á qué parte le dejaste; que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darinto, dejando á Silerio con Nísida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra. En el camino que habia desde allí adonde Aurelio á Darinto habia dejado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darinto, y el poco remedio que della se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciéndoles asimismo, que habia de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intencion, porque en dejando á Darinto, queria que todos á Silerio rogasen diese el sí de recibir á Blanca por su legítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas pláticas llegaron adonde creyó Aurelio que Elicio, Darinto y Erastro estarían; pero no hallaron alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusión y deseo de saber quién le habia dado; mas sacóles presto de esta duda otro que oyeron no mé-

nos triste que el pasado, y acudiendo todos á aquella parte donde el suspiro venia, vieron estar no léjos dellos al pié de un crecido nogal dos pastores, el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo, y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y así por esto, como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quién era: mas cuando mas cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro, Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion y tristeza causó en todos los que allí venían la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenia; pero el que mas se maravilló fué Aurelio, por ver que tan poco ántes los habia dejado en compañía de Darinto, con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha. Viendo pues Erastro que los pastores á él se llegaban, estremeció á Elicio, diciéndole: Vuelve en tí, lastimado pastor, levántate, y busca lugar donde puedas á solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantándose Erastro, volvia las espaldas para irse, si Tirsi y Damon, y los demas pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomándole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y porque conoció á todos los que allí estaban, tuvo convenia con que su lengua, movida y forzada del dolor, no dijese algo que la causa del manifiestase; y aunque esta le fué preguntada por todos los pastores, jamás respondió sino que no sabia otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le habia tomado un recio desmayo: lo propio decia Erastro, y á esta causa los pastores dejaron de preguntarle mas la causa de su pasion; ántes le rogaron que con ellos á la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarian á la aldea ó á su cabaña; mas no fué posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver á la aldea. Viendo pues que esta era su voluntad, no quisieron contradecirle, ántes se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara, si la porfia de su amigo Damon no le venciera; y así se hubo de partir con él, dejando concertado Damon con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea ó cabaña de Elicio, para dar orden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darinto, el cual les respondió que así como Aurelio se habia apartado dellos, le tomó el desmayo á Elicio, y que entre tanto que él le socorria, Darinto se habia partido con toda priesa, y que nunca mas le habian visto. Viendo pues Timbrio, y los que con él venían, que á Darinto no hallaban, determinaron de volver á la ermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y así despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio habia ido, el cual habiéndose un rato apartado con su amigo Damon de la demas compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza así le comenzó á decir: Bien sé, discreto

Damon, que tienes de los efectos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo y tengo por de los mas desastrados que en el amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le sería á él nueva, como tocase á los males que el amor suele hacer. Y así Elicio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenia, prosiguió diciendo: Ya sabes, amigo Damon, cómo la buena suerte mia, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido; digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor cual á su merecimiento se debe; juntamente te confieso, amigo, que en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generalés que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y así ha algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso pastor que jamás apacentó ganado, contentándome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me queria, no me aborrecia, y que otro ningún pastor no se podia alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfaccion de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmándome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la ermita de Silerio, en el camino me dijo cómo tenia concertado de casar á Galatea con un pastor lusitano, que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apacienta: pidióme que le dijese qué me parecia, porque de la amistad que me tenia y de mi entendimiento esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fué que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desierrándola á tan apartadas tierras; y que si lo hacia llevado y cebado de las riquezas del extranjero pastor, que considerase que no carecia él tanto dellas, que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumían, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas de Tajó dejaria de tenerse por venturoso cuando alcanzase á Galatea por esposa. No fuéron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió, diciendo que el rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo habia concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle con qué semblante Galatea habia recibido las nuevas de su destierro. Díjome que se habia conformado con su voluntad, y que disponia la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la

causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de ver á Galatea en poder ajeno, y ajena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia, que enternecido el pecho de su amigo Damon no pudo dejar de acompañarle en ellas; mas á cabo de poco espacio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Elicio; pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consentia en el casamiento que su padre le trataba, y que cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaria ayuda. Parecióle bien á Elicio lo que Damon decia, y determinó de ir á buscar á Galatea para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba; y así trocando el camino que de su cabaña llevaban, hácia el aldea se encaminaron, y llegando á una encrucijada que junto á ella cuatro caminos dividia, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que á caballo venia sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demas á pié, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales pasando junto á ellos, bajando las cabezas cortesmente les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la extrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguian; pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente que no léjos dél estaba, solia estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que sería bien ver si la dicha se la ofrecia tan buena que allí la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y así le dijo que guiasse por do quisiese; y sucedióle la suerte como él mismo se habia imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó á sus oídos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los pastores fué oída, quedaron enajenados de sí mismos. Entónces acabó de conocer Damon cuánta verdad decian todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recién casada Silveria, con otras dos pastoras de la mesma aldea. Y puesto que Galatea vió venir á los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto, ántes pareció dar muestras de que recibia contento en que los pastores la escuchasen, los cuales así lo hicieron con toda la atencion posible: y lo que alcanzaron á oír de lo que la pastora cantaba, fué lo siguiente.

GALATEA.

¿A quién volveré los ojos
En el mal que se apareja,
Si cuanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra:
Que si me acaba en mi tierra,
¿Qué bien me hará en el ajena?
¡Oh justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia!

Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimara
Que la vida me faltara,
O por lo ménos la lengua.
Breves horas y cansadas
Fuéron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas y pesadas:
Gocé de mi libertad
En la temprana sazón,
Pero ya mi sujecion
Anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero
Que dan á mi fantasia;
Si al cabo de su porfia
He de querer, y no quiero.
¡Oh fastidioso gobierno!
¿Qué á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno!
¿Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
¿Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
¿Que estos árboles sombríos
Y estos anchos verdes prados
No serán ya-mas mirados
De los tristes ojos míos!
Severo padre, ¿qué haces?
Mira que es cosa sabida
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á ti satisfaces:

Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.
Ya triste se me figura
El punto de mi partida,
La dulce gloria perdida,
Y la amarga sepultura:
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo,
El camino trabajado,
La antigua enfadosa suegra.
Y otros mil inconvenientes
Todos para mí contrarios,
Los gustos extraordinarios
Del esposo y sus parientes:
Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte,
Se acabarán con la muerte,
Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento á todos los que escuchado la habían, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor, y cuán contra su voluntad se hacia. Pero á quien mas sus lágrimas y suspiros lastimaron, fué á Elicio, que diera él por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pero aprovechándose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentia, él y Damon se llegaron adonde las pastoras estaban, á las cuales cortesmente saludaron, y con no ménos cortesía fueron dellas recibidos. Preguntó luego Galatea á Damon por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba en compañía de Timbrio y Nísida, y de todos los otros pastores que á Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio, y de los amores de Darinto y Blanca, la hermana de Nísida, con todas las particularidades que Timbrio habia contado de lo que en el discurso de sus amores le habia sucedido, á lo cual Galatea dijo: ¡Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondréis en olvido los pasados desastres! Antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas ¡ay del alma desdichada, que se ve puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio, ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando! pues tanto mas fatigan los dolores, cuanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dijo Damon, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pero con todo eso digo, Galatea, que no da el cielo tan apurados los males, que quite de todo en todo el remedio dellos, principalmente cuando no los deja ver primero, porque parece que entónces quiere dar lugar al discurso de nuestra razon, para que se ejercite y ocupe en templar ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros ánimos con algun especioso temor, sin que se venga á la ejecucion del mal que se teme; y cuando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningun mal que padezca debe desesperar del remedio. No dudó yo deso, replicó Galatea, si fuesen tan tíjeros los males que se temen ó se padecen, que dejasen libre y desem-

barazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que cuando el mal estál que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es añublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciando nuestra virtud de manera que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, cómo en tus verdades años puede haber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos que tu mucha discrecion se extiende á hablar por ciencia de las cosas que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas: quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en en ella. Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas ver á Galatea dar muestras del amargo dolor que padezia, le dijo: Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo ménos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mismo, que solo me atreva á cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco; que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura, y así la habré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebatte y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Así que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el cual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas ántes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo; mas estorbóla la repentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio habían visto pasar poco ántes hácia el aldea. Llegaron todos donde las pastoras estaban, y sin hablar palabra los seis dellos con increíble celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entre tanto, los otros dos (que era el uno el que á caballo venia) se fueron adonde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venia, el cual quitándose el rebozo se volvió á los pastores y pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud desta dama han

sido causa della: ruégoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, dirísle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragon es mi patria y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y los demas pastores no querian dejar á Elicio ni á Damon hasta que Artandro mandó que los dejasen; los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veian cuán poco podian ganar en la empresa que tomaban. Harto ménos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haber cometido tal traicion. No la llares traicion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de mujer, la ha negado, y entregádose á Grisaldo; que es agraviotan manifesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegáos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aquí, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa: y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelándose todavia de los malos semblantes con que Elicio y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de la que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse ni qué hacerse. Pero los extremos que Galatea y Florisa hacian por ver llevar de aquella manera á Rosaura eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mesmo, á todo correr fué siguiendo á Artandro, y desde léjos con mucho ánimo y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y tornarse á poner en defensa; pero con todo esto no dejara de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara á los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacian poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto los siguieran, sino vieran que Galatea y Florisa, y las otras dos pastoras á mas andar hácia donde ellos estaban se venian, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendian; y adelantándose á recibir á Galatea, ella les dijo: Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dijo Elicio, creí yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo. El amoroso que Artandro tiene, dijo Galatea, fué el que le movió á tal descomedimiento, y así conmigo en parte queda disculpado: y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y cómo estaba esperando á Grisaldo para recibirle por esposo, lo cual podria haber llegado á noticia de Artandro, y que la celosa rabia le hubiese movido á hacer lo que habían visto. Si así pasa, como dices, discreta